

LA ACTIVIDAD POÉTICA DE NERUDA EN LOS AÑOS TREINTA

Aunque fue en 1933 cuando Luis Enrique Délano, después compañero de tareas diplomáticas en Madrid y en México, consiguió que la Empresa Letras publicara en Santiago de Chile *El hondero entusiasta*, no ha de olvidarse que ese libro fue el efecto ya lejano de la «embriaguez de estrellas, celeste, cósmica»¹ que en 1923, bajo el influjo del poeta uruguayo Carlos Sabat Ercasty, Pablo Neruda sintió en una noche de su Temuco natal. Tras los cinco difíciles años que había vivido como cónsul honorario de su país en distintos lugares del Asia oriental, Neruda había regresado en abril de 1932, y había dedicado sus primeros esfuerzos a preparar la nueva edición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* que la Editorial Nascimento publicó en Santiago en junio del mismo año, con la reelaboración de varios poemas, en especial el 2 y el 4, y la sustitución del 9 por otro escrito en aquellas fechas. Antes de llegar ya había completado el volumen que en 1933 constituyó la edición inicial de *Residencia en la tierra*, también realizada por Nascimento tras los fracasados esfuerzos de Rafael Alberti para que se publicara en España o en Francia, allí con la colaboración de Alejo Carpentier, cuando en París éste dirigía para la argentina Elvira de Alvear la revista *Imán*, cuyo único número apareció el 1 de abril de 1931.

Esos primeros años treinta fueron sobre todo los de *Residencia en la tierra*. Los poemas incluidos en la edición inicial llegaban a veces de lejos y desde otras circunstancias también adversas —los más antiguos podían datar de 1925, cuando el joven poeta encontraba dificultades para subsistir en Santiago—, pero ahora parecían sobre todo el fruto de las duras experiencias vividas en Asia a partir de 1927: el propio Neruda había de referirse a «la soledad de un forastero trasplantado a un mundo violento y extraño» (V: 488), a su vida «suspendida en el vacío» y a aquel «estilo amargo» con que insistiera en su propia destrucción (V: 501-502); soledad y vacío que no parecieron atenuarse ni modificaron su estilo tras casarse en Batavia (hoy Yakarta) con María Antonieta Hagenaar, el 6 de diciembre de 1930. Amores previos aún le causaban desasosiego, como demuestra el poema «Duelo decorativo» («Lamento lento» en *Residencia en la tierra*) que el 5 de septiembre de 1931 envió al escritor argentino Héctor Eandi (V: 963), y seguía desarraigado en aquella «tierra de los infiernos reunidos» (IV: 363), según la definió en una «Oda tórrida» escrita por entonces y excluida del libro que preparaba. De su situación anímica dejaría un buen testimonio en «El fantasma del buque de carga», desolado poema escrito durante el largo viaje de regreso que concluyó en Puerto Montt. Sin duda sentía que la

1 Pablo Neruda, *Confieso que he vivido*, en *Obras Completas*, edición de Hernán Loyola, Barcelona, Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores (cinco vols., 1999-2002), vol. V, pág. 451. Las citas de Neruda pertenecen siempre a esta edición, por lo que en adelante, para evitar notas innecesarias, me limitaré a indicar tras ellas el volumen y la página a los que corresponden.

felicidad era ajena a la morada de las musas: «Aquel que ríe, ése está fuera» (IV: 361), escribió en Java mientras comentaba *La ciudad invisible* de su amigo Ángel Cruchaga Santamaría.

Esa situación anímica tampoco pareció modificarse tras su regreso a Chile, aunque las circunstancias de aislamiento y soledad habían desaparecido. Su poesía se iba a mostrar ajena a las urgencias políticas que acosaban a la literatura chilena. En carta a Héctor Eandi, Neruda, tras recordar su pasado anarquista, declaraba su odio «al arte proletario, proletarizante», precisamente cuando se acentuaban las presiones a favor del compromiso del escritor: «El arte sistemático no puede tentar, en cualquier época, sino al artista de menor cuantía. Hay aquí una invasión de odas a Moscú, trenes blindados, etc. Yo sigo escribiendo sobre sueños» (V: 967). De sueños se ocupó en «Número y nombre», poema publicado en el periódico santiaguino *El Mercurio* en febrero de 1933, y del sueño y el despertar en «Un día sobresale», de su desolación en «Sólo la muerte», y del silencio y la soledad y la muerte en «El Sur del Océano»: eran los latidos del corazón que en «Barcarola» podría pedir ayuda «como un tubo lleno de viento o llanto, / o una botella echando espanto o borbotones» (I: 304). Sobre esas obsesiones volvería después en Buenos Aires, a partir de agosto de 1933, y en España, desde junio de 1934, a juzgar por los poemas que escribió hasta completar los dos volúmenes de *Residencia en la tierra* que Cruz y Raya (Ediciones El Árbol) publicó en Madrid en septiembre de 1935. En la unidad aparente de ese libro fundamental tal vez puede percibirse alguna evolución: quizá la poesía de un sujeto progresivamente degradado culminó en «El fantasma del buque de carga» y sobre todo en «Walking around», poema escrito ya en Buenos Aires, hacia octubre de 1933: «Sucede que me canso de mis pies y de mis uñas / y mi pelo y mi sombra. / Sucede que me canso de ser hombre» (I: 308); quizá tal anulación, comprobable también en «Desespiciente», no se prolongó más allá de ese mes de octubre, que en su día 13 vio la llegada de Federico García Lorca a la capital argentina, si la presencia de éste indujo a Neruda a indagar activamente en busca de sus verdades ocultas, lo que significaría adoptar una actitud nueva y distinta de la autodestrucción precedente². No es imposible que así fuese, dada la relación amistosa que rápidamente estrecharon, con la confianza mutua que demuestra el discurso al alimón que en honor a Rubén Darío pronunciaron en el Pen Club de Buenos Aires³. En ese caso, cabría pensar que *Residencia en la tierra* no fue sólo la poesía «de ensimismada soledad, de angustia metafísica y de visión de muerte» (Alonso, 1951: 320) que Amado Alonso atribuyó al Neruda previo

2 «Como Nueva York para Federico, Buenos Aires fue para Neruda el espacio en que los recuerdos de la niñez y la memoria del sexo afloraron con verdades ocultas o sofocadas que determinaron el nuevo parcial desbloqueo, en los textos, de la figura del propio yo-niño del poeta (ese “niño insepulto” a que aludió el poema “Oda con un lamento”)), según Hernán Loyola, «Neruda moderno / Neruda posmoderno», *América sin Nombre*, núm. 1 (*Neruda con la perspectiva de 25 años*), Universidad de Alicante, diciembre de 1999, págs. 21-32 (27).

3 El 20 de noviembre según Hernán Loyola (IV: 371); el 24 de diciembre según Julio Gálvez Barraza (*Neruda y España*, Santiago de Chile, RIL Editores, 2003, pág. 45). Antes de que concluyera ese período argentino de convivencia aún elaborarían *Paloma por dentro*, textos de Neruda y dibujos de García Lorca que ambos obsequiaron a su amiga Sara Tornú, «la Rubia», esposa del escritor argentino Pablo Rojas Paz. Allí se encontraba «Severidad», poema donde Neruda ensayaba la agresividad con que en el futuro atacaría a sus enemigos literarios. Lo excluyó de la edición definitiva de *Residencia en la tierra* probablemente por consejo de Eandi, según se desprende de la carta que Neruda envió a éste desde Madrid el 14 de septiembre de 1935 (V: 973).

a su «conversión» política de 1936. Desde luego, en el desbloqueo sexual que tal vez plasmaron «Maternidad», «Material nupcial» y «Agua sexual», poemas escritos en Buenos Aires, no se aminoraron la tristeza y el dolor —«como un párpado atrozmente levantado a la fuerza / estoy mirando» (I: 322), se lee en el último de esos poemas— de alguien sabedor de que había «mucha muerte, muchos acontecimientos funerarios» en sus «desamparadas pasiones y desolados besos» (I: 319), como la «Oda con un lamento» permite comprobar.

García Lorca regresó a España a finales de marzo de 1934. El 5 de mayo Neruda llegaba a Barcelona, y a primeros de junio viajó a Madrid, donde fue recibido por el poeta granadino, y donde conoció en persona a Alberti, con quien había mantenido relación epistolar cuando buscaba editor para *Residencia en la tierra*. Desde entonces no cesaría en sus esfuerzos para radicarse en la capital. Lo hizo en agosto, con autorización del Cónsul General de Chile en Barcelona, Tulio Maquieira, aunque no consiguió establecerse de manera definitiva hasta comienzos de 1935, en la condición de Agregado Cultural de la Embajada de Chile, y sólo asumió las funciones de Cónsul tras el cese de Gabriela Mistral en ese cargo, ya en octubre de ese año (Gálvez Barraza, 2003: 80-85). Neruda nunca dejó de reconocer la fraternal acogida que le dispensaron los escritores españoles de su generación, en contraste con el vacío sentido durante los pocos días que permaneció en Madrid en 1927, de paso para Francia y el lejano Oriente (Cardoña Peña, 1955: 30-31). Lo cierto es que ahora contaba con un prestigio creciente, relacionable no tanto con los escasos poemas que había conseguido publicar en España —la *Revista de Occidente* había dado a conocer «Galope muerto», «Serenata» y «Caballo de los sueños»⁴— como por el éxito de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* en la edición pirata que la Editorial Tor había publicado en Buenos Aires en 1933, y que reiteraría en 1934 y fechas posteriores⁵. En sus versos podía encontrarse «un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía; más cerca del dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tinta», según lo definió García Lorca al presentarlo en el recital poético que ofreció el 6 de diciembre de 1934 en la Universidad de Madrid (García Lorca, 1986, III: 464-465). Los poemas que seguía escribiendo en España avalaban esa opinión: «Para qué sirven los versos si no es para esa noche / en que un puñal amargo nos averigua, para ese día, / para ese crepúsculo, para ese rincón roto / donde el golpeado corazón del hombre se dispone a morir?» (I: 333), preguntaba Neruda precisamente al poeta y amigo en su «Oda a Federico García Lorca». Sus obsesiones personales no habían cambiado: «todo se cubre de un sabor mortal / a retroceso y humedad y herida» (I: 312), observaría en «La calle destruida» alguien que, «lleno de lodo y muerte» (I: 313), declaraba en «Melancolía en las familias» que viajaba y conocía la tierra y estaba triste: ambos poemas probablemente fueron escritos en Madrid, ya en 1935. Su situación familiar —el alejamiento de su esposa, la hidrocefalia de su hija Malva Marina— había justificado ya la escritura de «Enfermedades en mi casa», ese poema también madrileño que «sólo es un lamento, / solamente un lamento» (I: 318). No atenuaban la amargura de esa atmósfera el pasado que regresó en «Josie Bliss», ni el presente que dibujaban «El reloj caído en el mar» y «Vuelve el otoño», otros poemas españoles: «Si me preguntáis en dónde he estado / debo

4 Véase *Revista de Occidente*, XXVII, enero-febrero-marzo de 1930, págs. 332-336.

5 Concha Méndez y Manuel Altolaguirre publicarían ocho de esos poemas y «Una canción desesperada» en Pablo Neruda, *Primeros poemas de amor*, Madrid, Ediciones Héroe, 1936.

decir “Sucede”. / Debo de hablar del suelo que oscurecen las piedras, / del río que durando se destruye» (I: 343), insistiría Neruda en «No hay olvido (sonata)», confirmando lo que parecía su inevitable destino poético.

Así pues, el clima político de la España republicana no encontraba eco en su labor creadora, a pesar de que, apenas llegado a Barcelona, la noticia de la muerte de Alberto Rojas Giménez, el poeta fundador de la revista *Claridad* —órgano de la Federación de Estudiantes en la que Neruda había colaborado desde Temuco, en 1920, y luego en Santiago—, le dio ocasión para recordar la militancia político-literaria de su pasado y para escribir el poema «Alberto Rojas Giménez viene volando». *Residencia en la tierra* acogería también «El desenterrado», inspirado por el Conde de Villamediana, quien también motivó la selección de sus versos que Neruda publicó en la revista *Cruz y Raya* bajo el título «En manos del silencio»⁶, buena prueba del interés por la literatura española que se había despertado en él. Para encontrar algún vago síntoma de cambio tal vez hubo que esperar hasta que a finales de 1934 o principios de 1935 escribió «Entrada a la madera», «Apogeo del apio» y «Estatuto del vino», los «tres cantos materiales» en que parecía acentuarse la peculiaridad «material» de su poesía que Eandi ya había advertido al celebrar algunos poemas de los incluidos en la edición inicial de *Residencia en la tierra*: «Especialmente “El fantasma del buque de carga”, donde usted se apropia, para el peculiar mundo de su poesía, las cosas exteriores, con su materia, sus olores, su apariencia. Ésta es, por lo demás, una particularidad de su arte, no bien precisada hasta ahora, me parece», le escribía en carta desde Buenos Aires, el 16 de abril de 1933 (Aguirre, 1980: 121). Se trataba, pues, de otra novedad relativa.

En abril de 1935 la editorial Plutarco publicó en Madrid los *Tres cantos materiales*, cedidos por Ediciones El Árbol (Cruz y Raya), que preparaba los volúmenes de *Residencia en la tierra*. Los poetas españoles, con excepciones escasas, rindieron así un homenaje a Neruda, en gran medida como compensación por los ataques que Pablo de Rokha y Vicente Huidobro dirigían en Chile contra él desde finales del año anterior, tras descubrirse la deuda con Rabindranath Tagore que mostraba el número 16 de los *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*⁷. En junio, en París, Neruda participaba como delegado de Chile en el Primer Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, junto a Raúl González Tuñón, delegado argentino, y Arturo Serrano Plaja, delegado español. Bien pudo descubrir allí que habían pasado los tiempos de la torre de marfil y que le esperaba una misión en la calle, como había explicado el

6 En el núm. 28 (suplemento), julio de 1935. Incluía un fragmento de la «Carta a D. Cristóbal de Heredia» (Madrid, 23 de agosto de 1622) en que Góngora daba noticia de la muerte del Conde, «El desenterrado» y la antología propiamente dicha. Esa misma revista había publicado «Visiones de los hijos de Albión» y «El viajero mental» de William Blake, con una nota previa de G. K. Chesterton, en traducción de Neruda (núm. 20, noviembre de 1934, págs. 85-109), y publicaría una selección suya de sonetos de Quevedo, precedida de algunos fragmentos «De las Epístolas y últimas cartas de D. Francisco de Quevedo» (núm. 33, diciembre de 1935, págs. 82-101). La guerra impidió que *Cruz y Raya* publicase una selección de liras de autores del siglo XVII que Neruda había preparado y que pensaba introducir con su poema «Discurso de las liras». Octavio Paz publicó las liras y el poema en México, en la revista *Taller*, VI, noviembre de 1939, págs. 69-91.

7 En advertencia a la edición realizada en Santiago por Ercilla en 1938, Neruda admitía o confirmaba que «el poema 16 es, en parte principal, paráfrasis de uno de Rabindranath Tagore, de *El jardinero*» (I: 1148). Sin firma, desde Madrid había difundido con anterioridad «Aquí estoy», feroz respuesta a sus rivales chilenos, «derrocas, patíbulos, / vidobras» (IV: 375). Una versión de ese poema fue impresa en París por amigos del poeta, en 1938.

escritor francés René Crevel a los posibles invitados a ese Congreso cuando en abril viajó a Madrid en su busca (Gutiérrez Revuelta, 1995: 198), pero en sus poemas no dejó ningún testimonio claro de que sus inquietudes hubieran cambiado. Tampoco lo ofrecieron los cuatro números de la revista *Caballo Verde para la Poesía*⁸ que dirigió entre octubre de 1935 y enero de 1936. En su muy comentada presentación del número inicial, Neruda se pronunciaba a favor de una poesía deliberadamente impura, «gastada como por un ácido por los deberes de la mano, penetrada por el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena, salpicada por las diversas profesiones que se ejercen dentro y fuera de la ley» (IV: 381). Cabe relacionar tales planteamientos con su conquista posterior de territorios que parecían reservados a la historia, a la geografía, a la botánica, a la zoología, al discurso político, pero en su momento fueron inseparables de las disputas con Juan Ramón Jiménez, de las críticas de éste hacia el «gran mal poeta» en cuya obra encontraba «algo así como un vertedero, estercolero a ratos, donde hubiera ido a parar entre el sobrante, el desperdicio, el detrito, tal piedra, cuál flor, un metal en buen estado aún y todavía bellos» (Jiménez, 1942: 122-123). El pronunciamiento de Neruda constituía sobre todo una defensa y una justificación de la obra realizada, y no se puede ignorar esa disputa entre la pureza y la impureza de la poesía a la hora de valorar la propuesta que se concretó en *Residencia en la tierra*. Al juzgar «muy conveniente, en ciertas horas del día o de la noche, observar profundamente los objetos en descanso: las ruedas que han recorrido largas, polvorientas distancias, soportando grandes cargas vegetales o minerales, los sacos de las carbonerías, los barriles, las cestas, los mangos y asas de los instrumentos del carpintero», y al encontrar en ello «el contacto del hombre y de la tierra como una lección para el torturado poeta lírico», Neruda hablaba de esa «especie de atracción no despreciable hacia la realidad del mundo» (IV: 381) que él indudablemente sentía, atracción que había tenido sus últimas y más evidentes consecuencias en los «cantos materiales», y que determinaba también los gustos artísticos que manifestó en «El escultor Alberto», breve artículo que publicó el 14 de mayo de 1936 en el diario *El Sol* como comentario a la exposición que el toledano Alberto Sánchez presentaba entonces en Madrid (Hernández, 1995: 177-178). Neruda tampoco olvidaba su obra personal al invitar a la recuperación de la «melancolía, el gastado sentimentalismo, perfectos frutos impuros de maravillosa calidad olvidada, dejados atrás por el frenético libresco» (IV: 382). Por si quedaba alguna duda, volvió sobre sus preferencias pasadas y presentes en «Los temas», prólogo al número 2 de la revista, en noviembre del mismo año: «Como lava o tinieblas, como temblor bestial, como campanada sin rumbo, la poesía mete las manos en el miedo, en las angustias, en las enfermedades del corazón. Siempre existen afuera las grandes decoraciones que imponen la soledad y el olvido: árboles, estrellas. El poeta vestido de luto escribe temblorosamente muy solitario» (IV: 383). Probablemente seguía sin interesarse en la política o sin entender nada de ella, como tal vez explicó ante los reproches de Alberti a la línea seguida por la revista (Teitelboim, 2003: 194), ajena a la convulsa actualidad española de aquellos meses⁹.

8 El título remitía en parte a un proyecto anterior: «Con un español joven — José María Souviron — vamos a sacar una pequeña revista que se llamará *Caballo Verde*», anunciaba Neruda a Eandi desde Chile, el 28 de abril de 1933 (V: 968-969).

9 «Llegaba a la casa de las Flores el ruido de la poesía comprometida, el costado civil de la lírica albertiana, las preocupaciones a favor de la poesía social de González Tuñón, los primeros textos “comprometidos” de Miguel

El estallido de la guerra civil, en julio de 1936, impidió que llegase a salir un número más de *Caballo Verde para la Poesía*, al parecer ya preparado. En noviembre Neruda pasó a Francia, con «autorización» del gobierno chileno, probablemente molesto —su embajador en Madrid, Aurelio Núñez Morgado, mostraba una declarada simpatía por los rebeldes— porque el poeta y cónsul había leído su «Canto a las madres de los milicianos muertos» en Cuenca, el 12 de octubre, en un mitin organizado por la Federación Universitaria Hispanoamericana y la Alianza de Intelectuales Antifascistas. Desde allí evocó a Federico García Lorca, «el defensor sonoro del corazón de España» (IV: 389), en la conferencia que impartió en París el 20 de enero de 1937, y, para nuevo disgusto de su gobierno, semanas después se afirmó en su postura: «Al situarme en la guerra civil al lado del pueblo español, lo he hecho en la conciencia de que el porvenir del espíritu y de la cultura de nuestra raza dependen directamente del resultado de esta lucha» (IV: 387), explicaba en el mensaje «A mis amigos de América», difundido en París y Madrid. Aún regresaría a España para participar en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas que él mismo había contribuido a organizar y que tuvo lugar en Valencia y Madrid en los primeros días de julio de 1937. Cuando en 10 de octubre de ese año desembarcó en Valparaíso, no sólo llevaba los poemas que en noviembre Ediciones Ercilla publicaría en Santiago bajo el título *España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en la guerra (1936-1937)* —libro «comenzado en Madrid, 1936, y continuado en París y en el mar, 1937», que alcanzaría una dimensión legendaria con la edición realizada por Manuel Altolaguirre en el Monasterio de Monserrat, «Ejército del Este. Ediciones Literarias del Comisariado. MCMXXXVIII»—, sino también la actitud política definida que lo llevaría a defender sin descanso la causa de la República en la guerra civil española —en febrero de 1938 publicó en la prensa de Santiago «Tempestad en España», uno de sus mejores escritos sobre el tema— y a mantener una simultánea lucha sin cuartel contra las manifestaciones del fascismo que en Chile potenciaba la población de origen germano ganada para la causa de la Gran Alemania de Hitler: «Fuera de Chile los enemigos de la patria!» fue el título elocuente de un discurso leído en Temuco en mayo de 1938, cuando el poeta visitaba a su padre, gravemente enfermo. A ese fin se habían encaminado sus esfuerzos para poner en marcha la Alianza de Intelectuales de Chile para la Defensa de la Cultura, cuya presidencia asumió tras su presentación pública en Santiago, el 7 de noviembre de 1937, y en cuyas actividades estuvo muy presente. Tanto en ellas como en la revista *Aurora de Chile*, órgano de la Asociación que empezó a publicarse en agosto de 1938 bajo la dirección del propio Neruda —en el número 1 hubo de lamentar la muerte de César Vallejo, atormentado en París por la tragedia española—, la ayuda a la España republicana fue una preocupación constante; también lo fue el apoyo decidido a la candidatura del Frente Popular, que en las elecciones del 25 de octubre de 1938 consiguió el triunfo para Pedro Aguirre Cerda y abrió así la posibilidad de que Chile se preocupase por la suerte de los vencidos en la guerra civil.

En marzo de 1939 Neruda inició un nuevo viaje a Europa, enviado por el gobierno de Aguirre Cerda para estudiar la posibilidad de acoger a algunos de los exiliados

Hernández —*Los hijos de la piedra*, el poema “Sonreídme”—, pero la residencia de Neruda seguía fluyendo hacia la angustia y la melancolía», resume Leonardo Romero Tobar, *Pablo Neruda en Madrid*, Madrid, Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños del CSIC (Ciclo de Conferencias: americanos en Madrid), 1987, pág. 19.

españoles que ya se acumulaban en Francia. Mientras recababa la ayuda económica que necesitaba para su misión, pronunció en Montevideo la conferencia «España no ha muerto»¹⁰, cuando ya la evidencia de la derrota se había impuesto entre los republicanos tras ceder Barcelona al ejército franquista, el 26 de enero. Después, en Buenos Aires, hubo de lamentar la pérdida de Antonio Machado, muerto «al ver la noche, y la gota de sangre y la gota de sombra ocultar toda la luz de su patria» (IV: 431). En junio y en París asumiría su función de Cónsul Especial para la Inmigración Española, cuya consecuencia fundamental sería la salida del *Winnipeg* rumbo a Chile, cargado con dos mil españoles, el 4 de agosto de 1939. Durante las semanas que siguieron continuó desarrollando un trabajo constante a favor de los exiliados. En noviembre supo que su próximo destino sería México, como Primer Secretario de la Embajada de Chile en aquel país¹¹. Antes había de pasar algún tiempo en casa: el 1 de enero de 1940 llegó a Valparaíso, y de allí saldría meses después con rumbo a México, al puerto de Manzanillo, que lo vería desembarcar el 16 de agosto. En Santiago había dejado constancia de la alegría que le supuso reencontrarse a Arturo Serrano Plaja y a Vicente Salas Viú, amigos de su vida literaria en España, y de su nostalgia de Vicente Aleixandre, de Rafael Alberti y de Miguel Hernández.

Cualesquiera que sean los indicios de cambio detectables en *Residencia en la tierra*, y sin perjuicio de la unidad atribuible a toda la obra de Neruda, la guerra civil española sin duda resultó determinante para que su trayectoria poética entrara en una nueva fase. En el número 5 de la revista *El Mono Azul*, órgano de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, el 24 de septiembre de 1936 apareció anónimo —se cuidaba aún su condición de diplomático neutral— el «Canto a las madres de los milicianos muertos», primer poema que permite comprobar la adopción de una actitud solidaria y combativa. Luego Neruda incluyó «Canto sobre unas ruinas» en el primero de los seis cuadernos de poesía que difundió en París con Nancy Cunard bajo el título *Los poetas del Mundo defienden al Pueblo Español*: «Esto que fue creado y dominado, / esto que fue humedecido, usado, visto, / yace —pobre pañuelo— entre las olas / de tierra y negro azufre» (I: 383), escribió allí, sin duda recordando a Rodrigo Caro y su «Canción a las ruinas de Itálica». Esos u otros poemas inspirados por la guerra se irían dando a conocer en España, en San José de Costa Rica y en Santiago de Chile. El 1 de julio de 1937, precisamente cuando estaba a punto de iniciarse el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas, en el número 22 de *El Mono Azul* apareció «Es así», versión casi definitiva de «Explico algunas cosas», el célebre poema en que dejó el mejor testimonio de las razones que habían determinado su nueva actitud poética y política: «Venid a ver la sangre por las calles» (I: 371), fue la reiterada respuesta final para quienes preguntaran por los cambios acaecidos.

10 En Montevideo, en 1939, Ediciones AIAPE (Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores) publicó en *Neruda entre nosotros* esa conferencia, precedida de «Presentación de Neruda», de Emilio Oribe, y de «Palabras en homenaje a Pablo Neruda», de Juan Marinello. Completaba el volumen «Quevedo adentro», una lectura muy personal del soneto «Amor constante más allá de la muerte», lectura determinada por las urgencias políticas del momento, pero también un testimonio más del gran interés de Neruda por Quevedo, «español de la misma estirpe que Cervantes y la Pasionaria» (IV: 451). En ese viaje Neruda escribió también el prólogo para el poemario *Canto*, que la uruguaya Sara de Ibáñez publicaría en Buenos Aires en 1940.

11 En julio de 1938, con ocasión de un homenaje que se ofreció en Santiago al presidente mexicano Lázaro Cárdenas, Neruda había leído el poema «México, México!», donde recordaba a los voluntarios de aquel país que luchaban en España del lado republicano (IV: 404-406).

La creación de la Alianza de Intelectuales de Chile respondía a esas exigencias, para sí y para los demás: «Nosotros los intelectuales, con absoluta conciencia, hemos determinado para nosotros mismos ese destino: el de ser testigos ardientes de nuestra época, y ese testimonio y esa vigilancia los realizamos como deber implacable dentro y fuera de nuestras fronteras» (IV: 409-410), declaraba en «La educación será nuestra epopeya», discurso pronunciado al conmemorar el 7 de noviembre de 1938 el aniversario de la Alianza, circunstancia que aprovechó para recordar la deuda contraída por todos con la España indomable que continuaba su lucha por la libertad. Alguna vez se mostró especialmente agresivo con quienes ignoraban ese deber: no se limitó a descalificar con singular dureza las referencias a la «cultura interior» o a la «convivencia espiritual» —«imponentes y dolorosos fantasmas vestidos de organdí» (IV: 421)— que habían hecho ilustres participantes en la Primera Conferencia Americana para la Cooperación Intelectual, reunida en Santiago en enero de 1939, sino que recordó a los asistentes el nombre de España que habían olvidado, al tiempo que exigía un humanismo contra los tiranos, una cultura para la libertad y una América sin harapos (IV: 422). Desde su llegada a Chile había aprovechado cuanta ocasión se le presentó —desde la apertura de una exposición de arte popular a la entrega de libros proscritos por la Alemania nazi a la Biblioteca Nacional de Santiago— para responder a esa exigencia. «No puedo, no puedo conservar mi cátedra de silencioso examen de la vida y del mundo, tengo que salir a gritar por los caminos y así me estaré hasta el final de mi vida», aseguró en su discurso «España no ha muerto» tras declararse poeta «el más ensimismado en la contemplación de la tierra», empeñado en romper «el cerco de misterio que rodea al cristal, a la madera y a la piedra», en escuchar «todos los sonidos que el universo desataba en la oceánica noche, en las silenciosas extensiones de la tierra o del aire» (IV: 427-428). Ese poeta ensimismado había sido, desde luego, el de *Residencia en la tierra*, que empezaba a sentir muy lejano: «El mundo ha cambiado y mi poesía ha cambiado» (I: 1195), advertía al editar en 1939 *Las furias y las penas*, un largo poema de amor escrito en 1934; «... un día / palpitante de sueños / humanos, un salvaje / cereal ha llegado / a mi devoradora noche / para que junte mis pasos de lobo / a los pasos del hombre» (I: 364-365), explicaría una vez más en «Reunión bajo las nuevas banderas», que la revista *España Peregrina* dio a conocer en México, en 1940. Con otros posteriores, estos poemas conformarían la *Tercera residencia, 1935-1945*, que la Editorial Losada publicó en Buenos Aires en 1947.

Pero no todas las opciones nacidas en esos últimos años treinta encontrarían lugar en *Tercera residencia*. En noviembre de 1938, en su discurso «La educación será nuestra epopeya», Neruda declaró que durante ese año de lucha no había tenido tiempo para mirar de cerca «las estrellas, las plantas, los cereales, las piedras de los ríos y de los caminos de Chile» (IV: 408). No era del todo cierto. Su poesía siempre había estado profundamente enraizada en la naturaleza, pero a partir de ahora afrontaría el reto de ofrecer una visión concreta de la geografía americana, en relación con sus pobladores y con su historia, y quizá intuyó ese deber en Temuco, en el invierno austral de 1938¹², mientras descubría el agua que inundaba la tumba de su padre: «...esta agua terrible, esta agua salida de un imposible, insondable, extraordinario escondite, para enseñarme a mí

12 Había viajado hasta allí el 18 de agosto al saber que había muerto su «mamadre», Trinidad Candía Marverde, ocasión en la que escribió unos «Humildes versos para que descanse mi madre» (IV: 418-419). Su padre, José del Carmen Reyes, había fallecido el 7 de mayo.

su torrencial secreto, esta agua original y temible me advertía otra vez con su misterioso derrame mi conexión interminable con una determinada vida, región y muerte», hizo constar por entonces en «La copa de sangre» (IV: 418). Por entonces escribió también su «Oda de invierno al río Mapocho», publicada de inmediato en revistas de España, Chile y México. Para que el «Canto general de Chile», ya proyectado para aquellas fechas, adquiriera dimensión continental, se necesitarían nuevas experiencias y nuevas imágenes —sobre todo las de la etapa que iba a iniciar en México en agosto de 1940—, pero ya en esos últimos años treinta pueden detectarse síntomas que anticipaban los hallazgos definitivos: «Aquí estamos en el Perú, en el remoto corazón de América. Nos rodea el viento de todas las regiones. El peruano vive sobre sus edades enterradas, sobre sus joyas sangrientas, y tiene tierra poderosa y ardiente para el porvenir. Del silencio saldrán muchas cosas ardientes» (IV: 441), hizo constar en el «Saludo a Uriel García» que leyó en Lima a fines de 1939 en homenaje a ese senador electo de la Coalición Obrera Peruana, como entreviendo la revelación que años más tarde le llevaría a escribir «Alturas de Macchu Picchu». El 7 de enero de 1940, en el homenaje que la Alianza de Intelectuales le brindó en Santiago (Gálvez Barraza, 2003: 241), recitó «Himno y regreso», significativo testimonio de sentimientos que conjugaban el compromiso político y la voluntad de arraigo: «Salí a encontrarte hijos por la tierra, / salí a cuidar caídos con tu nombre de nieve, / salí a hacer una casa con tu madera pura, / salí a llevar tu estrella a los héroes heridos. / Ahora quiero dormir en tu sustancia» (I: 638-639), explicaba a la patria recién reencontrada. Cuando el 10 de julio la Alianza lo despidió, Neruda aprovechó el acto para dar a conocer «Atacama», «Botánica», «Océano» y «Almagro» (luego «Los descubridores de Chile»). Por entonces intentaba transformar en poesía sólo la geografía y la historia de su país, pero con esos poemas, al concluir aquella década vertiginosa, los caminos que habían de conducir hasta *Canto general* (1950) ya estaban en buena medida iniciados.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, Margarita (1980): *Pablo Neruda Héctor Eandi. Correspondencia durante «Residencia en la tierra»*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Alonso, Amado (1951, 2ª edición): *Poesía y estilo de Pablo Neruda. Interpretación de una poesía hermética*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.
- Cardona Peña, Alfredo (1955): *Pablo Neruda y otros ensayos*, México: Ediciones de Andrea.
- Gálvez Barraza, Julio (2003): *Neruda y España*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- García Lorca, Federico (1986): «Presentación de Pablo Neruda en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid». En *Obras completas*, recopilación, cronología, bibliografía y notas de Arturo del Hoyo; prólogo de Jorge Guillén, Madrid: Aguilar, 1986 (edición del centenario), tomo III.
- Gutiérrez Revuelta, Pedro (1995): «El galope verde de Pablo Neruda». En *Nerudiana 1995*, Sassari, Asociación Internacional de Nerudistas, 197-213.
- Hernández, Mario: «Guerras literarias (1933-1936): Juan Ramón Jiménez y Pablo Neruda». En *Nerudiana 1995*, Sassari, Asociación Internacional de Nerudistas 166-183.
- Jiménez, Juan Ramón (1942): *Espanoles de tres mundos. Viejo mundo, nuevo mundo, otro mundo (caricatura lírica), (1914-1940)*, Buenos Aires: Editorial Losada, 122-123.

- Loyola, Hernán (diciembre 1999): «Neruda moderno / Neruda posmoderno». En *América sin Nombre*, 1 (*Neruda con la perspectiva de 25 años*), Universidad de Alicante.
- Neruda, Pablo (1999-2002): *Obras Completas*. Edición de Hernán Loyola. Barcelona: Galaxia Gutenberg / Círculo de Lectores.
- (1936): *Primeros poemas de amor*. Madrid: Ediciones Héroe.
- Romero Tobar, Leonardo (1987): *Pablo Neruda en Madrid*. Madrid: Ayuntamiento de Madrid / Instituto de Estudios Madrileños del CSIC (Ciclo de Conferencias: americanos en Madrid), 19.
- Teitelboim, Volodia (2003): *Neruda. La biografía*, La Roda (Albacete): Ediciones Merán.